

1797

OBSERVACION SOBRE LA DINAMICA
FAMILIAR DE LOS RETORNADOS
AL PAIS

Presentado al 24º Congreso Iberoamericano de Psicología

A u t o r a s

GLORIA MAUREIRA L.¹

M. TERESA DEL RIO A.¹

Santiago, Julio, 1993

6/22/CL/7/565

¹ Psicóloga. Terapeuta Familiar. I.R.I: Instituto de Rehabilitación Infantil. Alameda 4620, Santiago.

¹ Psicóloga. Terapeuta Familiar. Fundación PIDE, Av. Holanda 3607, Santiago. Instituto Chileno de Terapia Familiar.

INTRODUCCION¹

El primer contacto que un sujeto o una familia establece con un persona o una institución, se constituye en un hecho de importancia que ha sido destacado en innumerables trabajos clínicos.

Ello también se ve confirmado en la atención realizada con familias retornadas al país.

Este artículo muestra algunas reflexiones hechas a la luz de innumerables "Primeras Entrevistas" o "Entrevistas de Acogida" hechas a familias retornadas en el marco de la actividad de PIDEE.

Durante muchos años el ingreso institucional PIDEE se hizo con una entrevista con una Asistente Social. Esta entrevista sin embargo solía desbordarse de los canales previstos provocando con ello incomodidad tanto en el encargado de conducirla como en la familia. En términos concretos, la situación de desborde inicial significaba con cierta frecuencia apreciar la problemática de la familia como requerimiento a atención en Salud Mental, pero que no necesariamente se traducía posteriormente en asistencia real a la consulta, quedando la interrogante sobre si había motivación para consultar de parte de la familia o nuestro apoyo institucional pudo haber sido canalizado de otra forma. Con esto, se producía una sobrecarga en la demanda en Salud Mental que no se traducía en asistencia real en la atención.

Desde el año 1989 se comenzó a practicar en PIDEE un modelo de atención integral cuya puerta de entrada es la Entrevista de Acogida.

La concepción de este modelo surgió de una mirada crítica de sus profesionales quienes sentían que más que un problema de abordaje personal había que buscar un modelo que permitiera otro tipo de intervención, dando así posibilidad de coordinar mejor los recursos limitados para la atención a cada familia. (Vio y Maureira, 1991). La apreciación sobre los recursos de la familia requería una mirada global y lo más acertada posible. Así, ganábamos tiempo y distribuíamos mejor nuestros recursos. Estos incluían apoyo pedagógico, talleres terapéuticos y recreativos, asistencia social a la familia y apoyos económicos puntuales o regulares, terapia familiar e individual.

Durante el año 1992 dedicamos una parte de nuestras horas laborales a recibir familias retornadas en PIDEE. Para ellos se destinaba un día a la semana en que se citaba a las familias que solicitaban atención. Estas eran derivadas de la Oficina Nacional de Retorno y acompañaba su derivación una reseña de los datos de identificación de la familia.

¹ Este artículo fue patrocinado por la Fundación de Protección a la Infancia Dañada por los Estados de Emergencia, PIDEE, en el marco del Proyecto de Apoyo en la Reinserción de Menores Retornados, durante el año 1992.

Nuestra invitación era amplia. Se esperaba que asistiesen los padres y los hijos menores de veintidós años, que era la edad tope de nuestro programa. Luego de esta entrevista, realizada por dos profesionales, se derivaba a la familia a las distintas instancias de apoyo.

Este artículo surge como una reflexión sobre esta experiencia que consideramos valiosa en muchos aspectos. Queremos destacar principalmente tres de ellos:

1. **Abordar una situación que con frecuencia es problemática en instituciones que proveen una red de apoyo a la familia y que incluyen entre sus servicios una unidad de Salud Mental. Se plantea aquí como solución la Entrevista de Acogida con las características que señalamos más adelante.**
2. **Abordar la situación de primera entrevista desde una perspectiva sistémica haciendo énfasis en la riqueza de la dinámica de esta situación cuando es abordada en forma apropiada.**
3. **Dar cuenta de nuestra experiencia atendiendo familias retornadas que han ingresado a PIDEE a través de esta Entrevista de Acogida.**

La Entrevista de Acogida era efectuada por una Asistente Social y un Psicólogo Clínico con formación en Terapia Familiar. La modalidad de la entrevista suponía distintas fases iniciándose por un presentación de la familia, una exploración sobre su percepción del retorno y la eventual planificación de éste. Nos interesaba conocer el tipo de aproximación de la familia frente al cambio que pudiese tener relación con el curso y características de su inserción en Chile y dado que PIDEE atendía a menores, focalizamos nuestra mirada en ellos.

Seguimos el modelo de entrevista inicial en forma amplia buscando tanto los recursos como las partes débiles de la familia, tratando de hacernos una idea aproximada de la situación de ella en ese momento, sobre todo en relación a la existencia de redes de apoyo sociales y familiares. Las familias eran acogidas pero instadas desde el primer momento a explorar activamente por sus propios medios. PIDEE ofrecería sólo lo que ellos necesitaran. El énfasis en este punto es importante, ya que muchas de las familias retornadas tenían una larga historia de ayuda institucional en el país de exilio. Nuestra concepción del fenómeno del retorno es que nos corresponde a todos como sociedad facilitar la reinserción de las familias exiliadas y por lo tanto las instituciones diseñadas con ese fin no son sino facilitadoras de un proceso de reinserción que no debería contribuir a que éste se alargara.

Cuando hablamos sobre demanda de Salud Mental, nos referimos a que exista una petición de consulta, justificada y sentida de parte de la familia. Dicha petición de la familia nunca era denegada, pero la oferta de parte nuestra era un paso delicado y digno de consideración. Derivar a Salud Mental a una familia que no lo tenía considerado era riesgoso, porque existe una alta probabilidad de que esa familia se sintiera descalificada en tanto no es capaz de resolver sus problemas. Ello podría hacer desear no sólo esta oferta sino también otros apoyos que si podían haberse dado. Si la familia era en cambio integrada -por ejemplo a

Talleres Recreativos- se iniciaba un vínculo que más tarde podría desembocar en una atención más específica de Salud Mental.

Una entrevista de esta naturaleza parte necesariamente del momento presente. Hay una necesidad, concreta o vaga de apoyo que necesita ser escuchada. La idea no es hacer historia con una familia, sino contextualizar su necesidad sin desilgarla de su historia familiar.

Debemos aclarar en este punto que las familias derivadas a PIDEE lo hacían buscando apoyo ante una situación que les exigía una enorme capacidad de organizarse, tolerancia a situaciones ambiguas, demandas afectivas importantes y muchos otros factores que configuran el retorno político.

En una entrevista tradicional suele confundirse la apreciación sobre los problemas de la familia que tiene el entrevistador con los que la familia tiene de sí misma. Así también suele suceder que un miembro de la familia define la existencia de problemas en otro miembro. Al contar con toda la familia o parte de ella la consulta de Salud Mental era encuadrada más fácilmente en el proceso de cambio y fuerte demanda de adaptación que significa el retorno, cualquiera que fuese el miembro de la familia sobre el que se consultaba.

Buscando configurar también un perfil de los demandantes, nos pareció interesante la propia evaluación de cada uno de los miembros de la familia acerca de su situación emocional al retorno. ¿Para quién había resultado más fácil? ¿Para quién más difícil? También nos pareció útil que desde la entrevista surgiera la propia evaluación sobre el tipo de problemas que enfrentaba cada cual.

Como era de esperarse, la mayoría de los adultos se inclinó por definir sus problemas en el ámbito de lo laboral y lo económico. Los problemas emocionales aparecen ligados a los niños aunque a poco andar en la entrevista solía resultar difícil discriminar si los problemas emocionales eran de los niños o más bien del sistema familiar en su conjunto.

Destacamos a continuación cuatro puntos que invariablemente llamaron nuestra atención en la mayoría de las entrevistas. La planificación del retorno, el retorno centrado en los hijos, la dinámica conyugal vista a través de la decisión de retornar y la delegación del retorno en los jóvenes.

Expectativas del Retorno

Lo que mueve a la familia a retornar sea éste planificado o no, cae en terreno resbaladizo. En la práctica hemos encontrado que el proceso de toma de decisiones y movilización de estrategias y recursos para concretar lo mejor posible el regreso al país comprende una serie de factores que configuran un momento que cristaliza el retorno, muchas veces gatillado por un evento particular, como la muerte o enfermedad grave de algún pariente cercano.

Para una familia que ha sufrido interrupciones o desintegraciones de sus experiencias vitales como lo son las familias retornadas, el sólo hecho de acogerlos con su historia vital a cuestas es ya un mensaje de importancia.

El retorno, en la mayoría de los casos significa una nueva ruptura con un equilibrio ya alcanzado, que en ocasiones fue precario pero que les permitió vivir en el exilio.

La mayoría de las familias que entrevistábamos volvían con la esperanza de mejorar sus vidas al regresar al país ya sea porque la vida en el país de exilio se había deteriorado o porque mantuviesen la idea de que sólo era posible vivir bien en Chile. No es sino al regresar para intentar vivir permanentemente en Chile que se contrasta las ilusiones con la realidad, apareciendo contradicciones o contrastes que de alguna manera no se anticiparon o percibieron antes. El retorno parecía revestirse de un (tono afectivos de añoranza por los vínculos suspendidos y las experiencias gratas dejadas atrás. Junto con la crianza cada uno de nosotros aprende a vivir la vida con referentes que nos son inculcados a través de valores, comidas, clima, lengua compartida. El exiliado parece haber usado ese abecedario para "leer" su vida afuera y supone que al retornar podrá por fin utilizarlo sin dificultades. Sin embargo, no sólo cambió su abecedario interno con las nuevas experiencias, sino que cambiaron muchas circunstancias en el país. No es sino con el roce diario de la rutina que esto se siente realmente y aparecen comentarios asombrados sobre hechos o situaciones que a nosotros los entrevistadores no parecen evidentes.

En relación a los hijos la cuestión es aún peor. Ellos no conocen o conocen poco de la vida en Chile. Al volverse hacia sus padres para buscar apoyo o consejo en este nuevo ambiente se encuentran a veces con poca ayuda efectiva y mucha ansiedad. Esto se traduce en las quejas al unísono de padres e hijos sobre escuelas o colegios y otros temas cruciales. Sin embargo la demanda latente de arreglárselas en Chile está siempre presente. El hijo de alguna manera confirma expectativas. Si estas son contradictorias, la confusión es mayor.

La experiencia recogida en las Entrevistas de Acogida nos hizo reflexionar sobre algunos puntos que tocamos con frecuencia y que hacerlos evidentes en el curso de éstas facilitaba el proceso y le devolvía a la familia algo en término de validar la situación vital del momento.

El primer punto dice relación con definir el retorno como proceso difícil, quizás otro exilio para alguno(s) de sus miembros. Esto casi siempre tuvo eco en la familia ya que con frecuencia había uno o más miembros que echaba más de menos el país de acogida.

El segundo punto es definir el retorno como posible propiciador de crisis y movilizador de recursos y energías familiares, que dura entre uno a dos años. Preguntamos cuán agobiante era para cada cual este proceso, quién lo sufría más, etc.

El tercer punto es indagar las preocupaciones de los padres con respecto a los hijos y sus expectativas a futuro. Esto nos daba la impresión respecto a la capacidad de los padres para percibir las demandas de reinserción en los hijos y los recursos con que ellos creen contar para enfrentarlas.

El cuarto tenía que ver con nuestra necesidad de joining y dice relación con la forma en que los entrevistados creen que podemos ayudarlos.

Sobre los hijos.

Un punto importante en la familia es la capacidad o habilidad de percibir las necesidades de los hijos.

Hay familias en que la razón determinante del retorno está dada por las circunstancias de los hijos y se expresa generalmente en un hacer común de los padres hacia los hijos. Hay índices concretos de preocupación paterna que tiene relación con la tramitación de documentación oficial, búsqueda de escuelas adecuadas a las necesidades de los hijos, activación de redes de apoyo social y algo más sutil que es la tolerancia a la pena y sensación de pérdida que experimentan por dejar su entorno familiar en el país que los acogió. Este último es un tema que da para una reflexión en sí. Cuando nosotros preguntamos sobre cómo se sienten en Chile, en un punto u otro de la entrevista se nos recuerda que este no es su país a pesar de que sí lo es. La ambivalencia en los primeros meses del regreso es enorme y se compara constantemente entre el país que se dejó y el nuestro. Esto requiere una mezcla de tolerancia y firmeza de los padres, para contener la pena y la angustia y al mismo tiempo manejar la situación de manera que esto no se transforme en un constante campo de batalla donde se esgrimen argumentos en pro y en contra para quedarse en el país. Esta es una prueba importante para la familia como organización, sobre todo si se piensa que los padres sufren ellos mismos esta ambivalencia.

Las demandas para adaptarse al país son múltiples y la urgente necesidad de hacerlo pronto y bien se hace sentir también sobre los niños y muchas veces pasa a través de ellos. La sobre exigencia hacia ellos es expresada en una crítica ambigua hacia el colegio, las capacidades de los niños, etc.

Pasa algo similar con respecto a otras áreas del desarrollo de los hijos, como las salidas nocturnas, programas de fin de semana, etc. Generalmente pasan por una etapa de ajuste que depende de las costumbres y hábitos adquiridos en el exilio. Se ve a Chile como a un país que puede proteger o echar a perder a los hijos y del que los padres manifiestan que este país ya no parece familiar para ellos.

El buscar espacios adecuados es básicamente tarea de los padres que en ocasiones es traspasada a los hijos quedando así una responsabilidad enorme sobre los hombros menos experimentados. El mayor riesgo de que esto ocurra se da cuando los hijos perciben que uno de los padres está claramente menos comprometido que el otro en la opción que eligieron, corriendo el riesgo que el adaptarse o no a la vida en Chile sea una muestra de lealtad para uno u otro

padre. Peor aún es el caso de las familias en que uno de los padres tomó la decisión de volver y otro se queda en el país de acogida, por razones de trabajo u otras que a veces son vagamente explicadas a los hijos.

Desde nuestro mirar sistémico diríamos que se trastocó la jerarquía familiar permitiendo a los hijos una posición de poder que no les corresponde. Hemos escuchado en más de una ocasión de familias con las que hemos perdido el contacto que "se fueron porque los niños no se acostumbraban" haciendo sentir así que los hijos decidieron el regreso al país de acogida. Esto no significa negar que la decisión de la familia de volver al país del exilio es indudablemente una decisión penosa y difícil para ellos pero que está entre sus prerrogativas vitales. El problema es que este proceso pasa por una delegación en los más jóvenes de la opción de adaptarse al país.

Cuando hay hijos de diferentes edades, al menos uno de ellos se verá menos favorecido que los otros por el retorno. Parece depender de esto las circunstancias biológicas y familiares únicas que configuran su realidad. No parece significativo en este punto las reflexiones de Murray Bowen (Bowen, 1991).

Respecto a la edad es claro que hay un período sensible que va desde el comienzo del funcionamiento autónomo del adolescente alrededor de los catorce años a los fines de la adolescencia cuando ya puede proseguir un proyecto propio. Más tardíamente, los hijos pueden regresar o quedarse no concibiendo su regreso como indispensablemente ligado a la familia. Esto varía enormemente y parece depender del rol que se ha asignado al hijo con respecto al retorno.

El conflicto conyugal.

El conflicto conyugal es un punto delicado y difícil de manejar. Es nuestra experiencia que la decisión de retorno puede actuar como gatillador importante de separaciones largamente postergadas, o todo lo contrario, de factor milagroso que arreglara una relación deteriorada. Al unir esto a las expectativas de retorno en sí se complica enormemente el cuadro y se refleja en el discurso de los padres hacia los hijos ya sea verbal o analógicamente.

Un caso frecuente recibido en la Entrevista de Acogida es la madre que vuelve a Chile como parte de un proceso de quiebre matrimonial. Esto se ve también confirmado por otros estudios (Alamos y George, 1992). Explorando su condición, una buena parte de ellas son mujeres que salieron al exilio por su condición de cónyuges sin que ellas necesariamente hayan sido protagonistas de hechos políticos o víctimas directas de persecuciones. La vida en el exilio se organiza en torno a la familia y eventualmente en relación con un proyecto personal. En el curso de los años en el exilio, estas mujeres parecen haber puesto una buena cuota de empeño en la adaptación al país a fin de facilitar la inserción del resto de su familia.

Cuando se produce la crisis de pareja, pareciera ser que la mujer vivencia que el fin de la pareja termina también con su inclusión en el país del exilio. Emerge la percepción de exclusión que la hace mirar como única salida la vuelta a Chile.

Chile se constituye entonces en el espacio físico en que no tendrá las contradicciones afectivas y en que retomará las certezas afectivas que tanto necesita en ese momento. Sin embargo, esta percepción de Chile si bien es cierto se entiende desde las demandas internas de un sujeto en crisis, no tienen asidero -la mayor parte de las veces- en los vínculos reales que se mantienen con familiares y amigos en Chile.

El proceso que se vive es de tal intensidad afectiva, que los elementos "objetivos" tales como condiciones laborales al regreso, formas de mantención económica, etc., parecen estar minimizados. Se tiende a sentir que el sólo cambio de espacio físico hará el milagro del cambio emocional.

En un proceso de estas características los hijos suelen vivir complejos problemas. Uno de ellos es que al quiebre de su familia se agrega el tener que decidir con qué padre se queda. Esto es frecuente en los hijos adolescentes; en los niños más pequeños, la madre decide sacarlos independiente de su opinión. La venida a Chile para los hijos no sólo está ligada a la pérdida de su entorno, sus amigos, su escuela, sino también su casa y su padre.

En algunos adolescentes hemos detectado un sentimiento agobiante derivado del tener que asumir el cuidado y protección de su madre. Dado que se han venido con ella, han debido -artificialmente- pasar a ser considerados del "bando de la madre" con lo cual las relaciones con el padre se hacen difíciles y conflictivas. En estos casos en que el hijo hace una alianza con la situación de uno de sus padres, queda necesariamente "cazado" en un problema de lealtades.

Por otra parte, la madre que vuelve al país, mantiene el conflicto con su pareja y la salida a Chile no hace sino agregarle conflictos nuevos pero en ningún caso es un mecanismo eficiente de resolución de conflicto.

Esta condición significa que no es capaz de acogerlos sino en tanto los hijos se alían con su problema. La madre busca de manera inconsciente un aliado a pesar de que en su discurso formal puede señalar algo distinto. Es decir, dice estar dispuesta a hacer todo por sus hijos pero...

Mientras la madre está entrampada en este mecanismo, también lo estarán sus hijos y no será posible una estabilidad emocional mínima. Se requiere distinguir entre las necesidades del subsistema pareja de los derivados del subsistema hijos, pero para ello se requiere un trabajo terapéutico con la familia en su conjunto.

Delegación a los más jóvenes

A raíz de las experiencias de represión política y exilio se ha teorizado ya sobre los efectos sobre la segunda generación en términos de la dificultad en la elaboración de una identidad en circunstancias familiares penosas y en un contexto cultural nuevo. (Castillo y Gómez, 1989).

Nosotros creemos que así como se depositaron esperanzas en obtener frutos positivos en el exilio para los hijos, se depositaron también para el retorno en cuanto la vigencia de la familia en el país, representada por los más jóvenes.

Llegaron a esta Entrevista de Acogida Familiar, jóvenes solos o en ocasiones acompañados de un abuelo o abuela. Al explorar las motivaciones del retorno, éstas parecían paradójicas. El joven o la joven declaraba "que sabía que volvería a Chile", que "tenía que volver algún día" o que "sabía que él o ella era el hijo que tenía que volver". Esto era dicho con mucha certeza en la voz. Indagar las razones era sentido por nosotros como una intrusión. Parecía haber sido una decisión tomada desde más allá del joven mismo, con carácter inapelable. Cuando al surgir dificultades ésta comenzaba a ser cuestionada, era vivido con mucha culpa, rabia y desconcierto. La experiencia de estos jóvenes que retornaban solos o retornaban primero parece destinarlos a varias posiciones con respecto a la familia.

Algunos de estos jóvenes eran una especie de avanzada en Chile, es decir, el primero en retornar. La familia dejaba pasar un tiempo para luego averiguar si se acostumbraba o no, saber de los parientes y cómo lo habían acogido. Generalmente llegaba luego otro hermano o uno de los padres a otear el horizonte. La decisión del retorno de la familia se decidía tomando en cuenta en forma importante la opinión y experiencias del joven.

En otros casos el joven parecía ser directamente el representante de la familia en Chile, y lo articulaba así, aludiendo por ejemplo que el hermano mayor ya estaba estudiando en una universidad y que los padres no podían venirse por motivos de trabajo. Así, él o ella era la persona que podía venirse a Chile y con esto se generaban visitas regulares de la familia al país.

En el peor de los casos llegaban jóvenes que no contaban con condiciones favorables para poder instalarse en Chile, ya sea porque no tenía redes sociales o familiares de apoyo, con medios muy escasos u otras condiciones personales, como inmadurez para enfrentar la vida solos en Chile. Recordamos aquí el caso de dos hermanos retornados de Canadá, llegando la hermana mayor primero a terminar la secundaria en un internado. Ella fue enviada para iniciar la vida familiar en Chile. Al año siguiente, enviaron a su hermano por una mezcla de razones, entre ellas que los padres lo sentían fuera de control y para acompañar a su hermana. Al poco tiempo, la sobrecargada hermana mayor fracasa en sus intentos de seguir estudiando y con eso se decide que su hermano menor tampoco puede quedarse. Al contarnos su decisión, nos hacen saber que probablemente

la familia se quedará en el país del exilio, ya que ellos han podido además darle a los padres una imagen de lo dura e insegura de la vida en Chile.

Detrás de este proceso hay varios factores para analizar. Un primer punto es la dificultad de los padres para llegar a la decisión de retornar cuando se ha luchado tan duro por conseguir cierta estabilidad en el país del exilio. Se envía así a un hijo, que es recibido generalmente con mucha alegría por los abuelos y de quien se espera que pronto se "chilenice". Este proceso de adquisición de la cultura y hábitos es visto como un triunfo de la familia de origen.

Al contrario, si el joven no se adapta exitosamente proporciona a su vez argumentos a la familia para no regresar y así salir de una situación difícil de resolver. En ambos casos, la decisión pasa y es puesta en los hombros de los jóvenes.

Excepto en los casos en que el retorno es decidido por razones de inestabilidad económica o política del país que acogió a la familia, este fenómeno lo hemos visto suceder en familias de muy distinta situación económica y social.

Lo grave, desde nuestro punto de vista, es el peso con que cargará el joven al cabo de la decisión.

Conclusión

Como decíamos al comienzo del artículo, nos interesó analizar la dinámica observada en las primeras consultas que hacíamos con familias retornadas porque ellas informan en muchos sentidos del devenir de estas familias. Para nosotros como psicólogos, entendemos que se trata de un complejo fenómeno de cambio que muchas veces revela la capacidad de resolución de conflictos que tiene la familia.

En este artículo hemos abordado este hecho a través de la observación del conflicto de la pareja y el de los hijos básicamente.

Quisiéramos en este artículo mostrar cómo operan diversos factores y cómo ellos se conjugan. Distinguímos entre ellos, la etapa del ciclo vital en que está la familia (no es lo mismo un exilio con hijos pequeños que con hijos casi adultos) y también establecer el ciclo vital de la pareja ya que ello tiene relación con la solidez del vínculo, con el aprendizaje que ella haya podido hacer de situaciones críticas, etc. También consideramos que el estado en que está la pareja tiene relación con el nivel de relación de ésta con el medio social; así por ejemplo, no es lo mismo el nivel ni la calidad de la interacción social que tiene una pareja con un bebé que aquella que tiene hijos en edad escolar.

Si bien es cierto, todas estas familias viven un proceso de cambio, no quiere decir que para todas ellas éste sea necesariamente el generador de una crisis. La situación de cambio no siempre es gatillador o desencadenante de la crisis. Nuestra observación nos hace pensar más bien que el proceso de cambio pone al

límite los recursos de la familia y que será más bien su capacidad de flexibilización y adaptación la que determinará la superación de ella. Si bien hemos visto como este proceso de retorno desencadena dolorosas crisis familiares, no es menos cierto que existen familias que son capaces de sortearlas teniendo luego la percepción interna de crecimiento. Con ello no queremos negar la enorme cuota de angustia y dolor que siempre lleva implícita sino más bien poner el acento que en un caso se trata de un fenómeno doloroso desestructurante y en otro un hecho doloroso que enriquece la vivencia familiar (o la vivencia de cada uno de los miembros de la familia).

Por otra parte habría que señalar que la percepción que se tiene de los conflictos así como sus dificultades reales son similares a las que encontramos en cualquier familia en proceso de cambio. En estas familias, la particularidad está ligada al contexto social en que se mueven en tanto la significación del exilio está al interior de un marco de creencias políticas y por otra parte, por un contexto de cambio cultural que significa las existencias en un país y en otro.

Nos interesa remarcar que cuando hablamos de la familia retornada, nos exigimos un máximo de delicadeza. Ello porque se trata de familias que atraviesan por una fuerte demanda en todas las esferas de su existencia. Tanto el exilio como el retorno demandan todos los recursos de la familia y desde esta perspectiva pensamos que la ayuda a la reinserción de la familia retornada es ampliamente justificada. Sin embargo, dicha ayuda no debe transformarse en un proceso bloqueador de la autonomía y de la iniciativa sino todo lo contrario.

Con respecto a los jóvenes, observamos este proceso a través de un eje horizontal y único en la familia, pero con la riqueza que da el entrevistarlos en el momento en que movilizaban recursos, buscaban validación y referente. El llegar a FIDEE tenía en parte ese fin.

¿Cuán congruente puede ser esta experiencia para los jóvenes retornados? Cuando leemos la literatura nacional, encontramos con frecuencia que los jóvenes exiliados sentían de un modo u otro el peso de la familia de origen y la expectativa de retornar estaba siempre presente en su mente.

En ese caso ¿es mejor entonces emprender el regreso a la patria aunque ésta lo sea sólo por vínculos familiares y algunos referentes culturales? ¿Y qué pasa con el desarrollo de las habilidades relacionales de este período, como las concibe Erikson? Es decir, identidad y competencia social. Suponemos que el joven a partir de su familia de origen e inserto en el contexto cultural del país que lo hospeda desarrolla una identidad que le permite integrar las variedades de sus experiencias vitales. Al retornar con las expectativas y expectación de su familia, deberá buscar nuevamente referentes. Sus fuentes más importantes son la familia nuclear, la familia extensa y otros jóvenes.

De nuestra experiencia, el encuentro con otros jóvenes retornados, en una modalidad flexible de taller puede ayudar en este paso difícil (González y Rojas, 1992).

Los jóvenes no sólo comparten dificultades similares, sino también proponen en conjunto un modo de abordaje a la vida en Chile. La soledad es la peor amenaza para un retornado joven y con ello la amenaza de la depresión. La posibilidad de compartir con otros iguales a ellos en el ser distinto conjura esta amenaza.

BIBLIOGRAFIA

- Alamos, L. y George, M. Estudio Clínico-descriptivo de niños y adolescentes retornados del exilio. Fundación PIDEE, Santiago, 1986.
- Bowen, Murray De la familia al individuo. FAIDOS, 1991.
- Castillo, M.I. y Gómez, E. Te escribo para contarte que el sol quema fuerte por estos lados. ILAS, Santiago, 1989.
- Erikson, E. Identity and the Life Cycle. Norton & Co., 1980.
- González, X. y Rojas, F. Taller "Re-Conociendo Chile". Fundación PIDEE. Santiago, 1992.
- Vio, G. y Maureira, G. Modelo de Asistencia Psicosocial en Familias Retornadas. Fundación PIDEE, Santiago, Noviembre 1991.